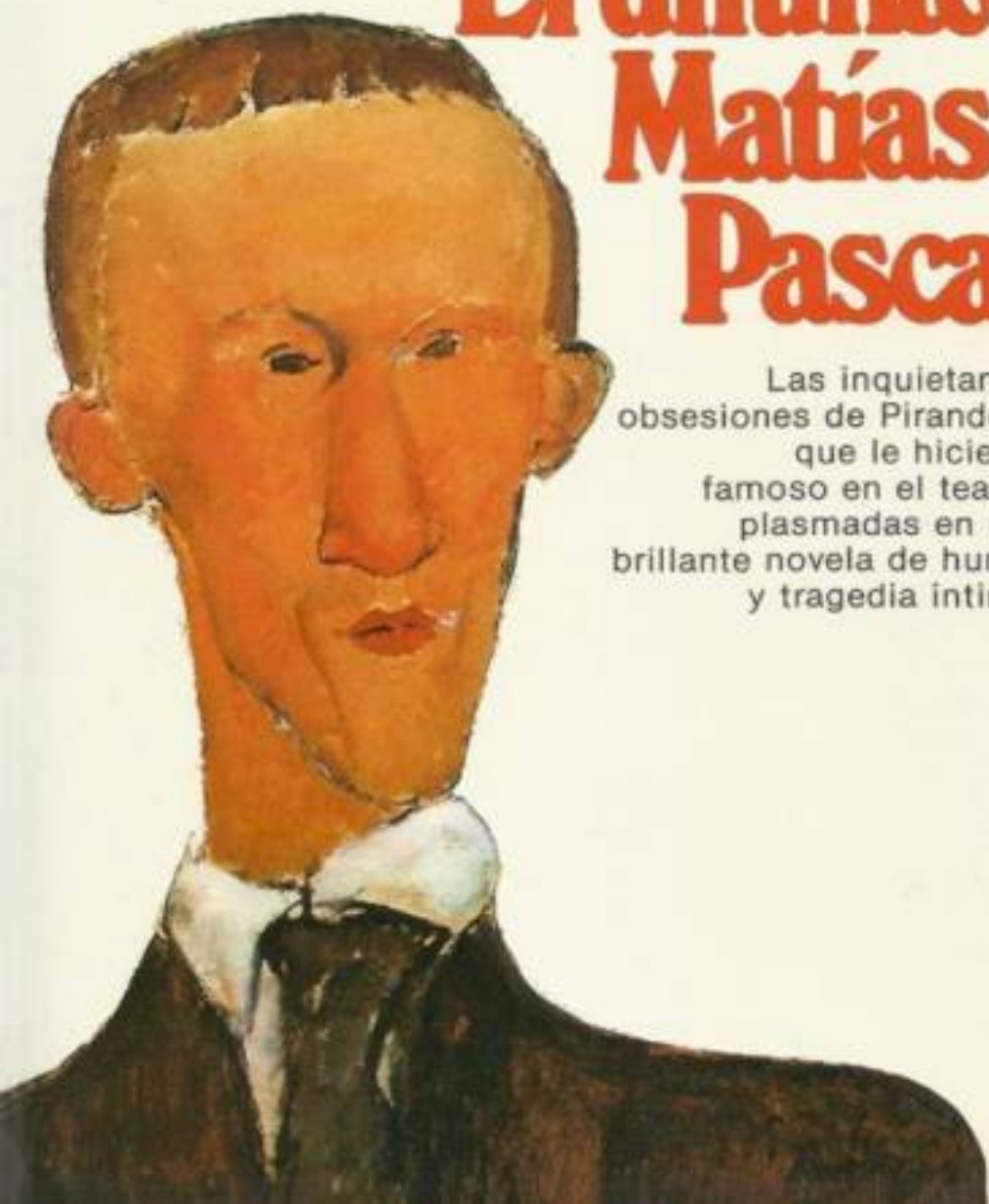


Luigi Pirandello

El difunto Matías Pascal

Las inquietantes
obsesiones de Pirandello
que le hicieron
famoso en el teatro,
plasmadas en una
brillante novela de humor
y tragedia íntima.



Un doble golpe de fortuna favorece al joven Matías Pascual justo cuando peor lo trata la vida: su familia lo desprecia y los acreedores lo acosan. Pero la suerte lo enriquece en el casino y la casualidad quiere que lo confundan con un cadáver de parecida contextura física hallado junto a su casa. Libre de responsabilidades, Matías Pascal decide adoptar una personalidad nueva y desembarazarse de su pasado. Tras varios años ociosos en los que recorre toda Europa, Adriano Meis, antes Matías Pascal, encontrará insalvables dificultades que le impiden seguir viviendo oculto tras una identidad falsa.

LUIGI PIRANDELLO

No hay duda alguna de que las finas cejas mefistofélicas, la puntiaguda barbita blanca, otrora rubia, dan a este viejo siciliano, de expresión cansada, una cierta apariencia de diablo: Hasta su mismo nombre —«Pirandello» vale tanto como «emisario del fuego»— podría inducir al error. Maravillado alquimista de sombras, Pirandello destruye, hilo a hilo, la urdimbre de toda personalidad, hasta dejarla desnuda en el vacío, en la nada. La nada: ¿no es ésa la suprema, la eterna y desengañada lección del diablo? Todo es mentira, todo es inconsistente. Soñamos que existimos, pues, como ya dijo Shakespeare, estamos hechos de la materia de nuestros sueños. No hay, por lo tanto, culpas ni culpables. Y el gran juzgado que es el diablo insiste, por boca de Pirandello, mucho en eso: en la inutilidad de juzgar a nadie.

En ese mundo ensoñado, ¿con qué diligente y sabia mano sabe transmutar los valores Pirandello! A su aire de mago del medievo, atina su elegancia de moderno prestidigitador. Es capaz de sacarse un personaje de su sombrero de copa, o de desmontar un ser viviente, pieza a pieza, hasta escamotearlo ante nuestros ojos. De cualquier cosa nos convencerá fácilmente. Sabe todos los trucos, posee la clave de todo. ¿Cuál es esa clave? Ya se ha dicho: la inconsistencia. Una inconsistencia total, extrema, que convierte la vida en una brillante fluencia incomprensible —concepción casi bergsoniana— y reduce al individuo, al destruir el supremo reducto del yo, el núcleo en torno al cual se arrollan los sucesivos aspectos físicos y morales de cada uno, en

una mera superposición de hábitos y costumbres. Pirandello, pues, labora en la niebla, y con él, la tierra desaparece bajo los pies. Estamos a su merced. Afortunadamente, Pirandello siente una indulgente simpatía hacia sus personajes, hacia sus entes de ficción —tan reales, o, si se quiere, tan irreales como los seres verdaderos—. Su indulgencia está plena de comprensión, de tristeza, de lejanía. Sabe —comprende— que no hay nada que hacer. Que tampoco es preciso hacer nada. Asiste, en calidad de irremediable solitario, a esa «sciocca fantocciata» que es la vida, al incesante miraje de las cosas, de los personajes; comprueba, sin demasiada maravilla, cómo un hombre puede ser «uno, ninguno, cien mil»; es decir, tantos hombres como posibilidades de ser existan en él, tantos como observadores tenga, y cómo, aun en estos mismos, la verdad del otro es continuamente rehecha y modificada. El teatro de Pirandello, como se ve, si bien desprovisto del contenido social superficialmente detonante de un Show o un Benavente, posee una carga explosiva mucho más profunda, Es el suyo un mundo alucinado, por el que el hombre camina rodeado de sus múltiples imágenes y donde amarillea a cada paso la hierba de la locura. Hijo, al fin, del relativismo, Pirandello repitió la vieja lección de que la vida es sueño. Pero la repitió a su manera. Es decir, de un modo originalísimo, trascendental, y con una eficacia teatral enorme.

Luigi Pirandello nace en Agrigento, Sicilia, el 28 de junio de 1868. Él afirma que el nacimiento no acaeció en la misma ciudad, sino junto a un bosquecillo cercano, llamado Chaos. El padre es un negociante en azufre. A los dieciocho años envía al hijo a Roma, primero, y luego a Alemania. En tanto el joven se doctora en la Universidad de Bonn y, rápidamente aclimatado, traduce las Elegías romanas de Goethe, y escribe sus primeros cuentos, el padre planea su casamiento con la hija de su socio y amigo. Y a su regreso, Pirandello contrae matrimonio con Antonietta Portulano. Son los últimos años del siglo. Pirandello ha escrito varios

libros de poesías, un volumen de cuentos, Amori senza amore, y dos novelas: L'esclusa e Il turno. En 1904 escribe su obra maestra, Il fu Mattia Pascal (El difunto Matías Pascal), libro en el que plantea ya el problema de la personalidad, que bajo tan diversas formas presentará luego. En tanto, las cosas han empezado a ir mal para él. El negocio paterno se hunde, y Pirandello, profesor en Roma, con tres hijos, conoce largas horas de inquietud, agotadoras vigiliadas de trabajo. La guerra del catorce lleva a dos de sus hijos a las trincheras, poblando ese hogar, ya ensombrecido, de amargas incertidumbres. Pirandello distrae alguna que otra hora de sus tareas para fabricar cigarrillos para sus hijos, y enviárselos al frente. A este hombre bonísimo, humilde, abrumado de preocupaciones, aún le queda por soportar la tortura que le inflige su mujer, que sufre perturbaciones mentales, en cuyo transcurso le acusa de las peores traiciones, incluso de serle infiel con sus propias alumnas. ¿No es ése el nódulo esencial de la tragedia pirandelliana? He aquí a una mujer —su mujer— que ve en el marido a alguien que él no es. He aquí, ya, la desorbitación, la locura, aposentada en el propio lugar, espectro familiar y cotidiano. Y Pirandello, que bien podría desesperarse ante ese cúmulo de adversidades, extrae su genio de su propio drama, y escribe tenazmente, en un estilo cortado, contenido, lúcido, un cuento detrás de otro, muchos de los cuales le servirán, refundidos y modificados, para sus futuras comedias.

Recogidos en quince volúmenes, bajo el título de Nove lle per un anno (Cuentos para un año), esos doscientos relatos forman un caudal comparable al Decamerón. Flota en ellos una tristeza hiriente, tristeza que ya no es el dolor hecho impassibilidad, silencioso y mesurado, de las páginas de su maestro Verga, sino tristeza expresada en una verborrea acre, pronta a estallar en un grito exasperado o en una carcajada cruel. Es, como siempre, el eterno diálogo del hombre con su sombra. Todo lo que la prosa solemne de Gio-

vanni Verga tenía de épico, queda en Pirandello desarticulado por el análisis.

Este análisis implacable, que bajo una apariencia de cinismo cerebral esconde un trasfondo de angustia y piedad, conduce a Pirandello a la negación de cualquier verdad, como verdad en sí. Aunque sus personajes discurren con exaltación a lo largo de sus relatos, gesticulantes muñecos movidos por pasiones bien humanas como son los celos y el amor, en una trémula necesidad de cariño, se tiene la oprimiente seguridad de que la comprensión entre ellos es imposible, ya que las palabras, refractándose caprichosamente apenas dichas, son también fatalmente mal comprendidas. Vivimos, pues, en un eterno equívoco. El hombre posee infinitas máscaras que encubren su rostro desnudo, y ante cada uno se coloca una distinta. Así, Pirandello, que ha volatilizado al individuo, inventa también el personaje pólipo, el Vitangelo Moscarda de su novela Uno, nessuno e centomila.

En 1917, Pirandello estrena *Cosí é (se vi pare) (Así es — si os parece—)*, que obtiene un franco éxito. Tanto éxito que ese hombre cincuentón, catalogado como humorista en cuentos y novelas, decide dedicarse plenamente al teatro. Y lo hace con tal intensidad que, en apenas veinte años, escribe unas cuarenta obras teatrales, que le convierten en el último gran poeta trágico de la humanidad.

Sus obras, que desconciertan al público, al encontrar en ellas una lógica matemática junto a una desbordante fantasía, se suceden pródigamente: a *Il giuoco delle parti (Cada cual a su juego)*, estrenado en 1918, siguen *Il piacere dell'onestâ (El placer de la honradez)*, *Come tu mi vuoi (Como tú me deseas)*, *Vestire gli ignudi (Vestir al desnudo)*, *Tutto per bene (Todo para bien)*, la profunda tragedia *Enrico IV, maridaje de celos y locura*, y *La vita che ti diedi (La vida que te di)*, representada en 1923, en la que Pirandello ha logrado una obra de estremecedora y delicada poesía.

El descubrimiento de Pirandello más allá de las fronteras lleva la fecha de 1921, y sucede a raíz del estreno de Seis personajes en busca de autor. Sei personaggi fue escrito en poco más de tres días, y su estreno en Roma motivó tal tumultuosa protesta, que Pirandello tuvo que huir del teatro por la puerta de servicio. Sin embargo, esta obra genial, en la que el intelectualismo se colma de relampagueos, de escenas de una poesía casi mágica, no tardaría en triunfar en todos los escenarios del mundo.

Luigi Pirandello murió el 10 de diciembre de 1936. Dos años antes se le había concedido el Premio Nobel. Este anciano que lo había conseguido todo cuando ya no necesitaba nada, seguía siendo el hombre modesto y sigiloso de sus comienzos. Llevaba en su alma un pesimismo atroz, al que se juntaba ahora una gran fatiga. Sólo una sonrisa — una sonrisa maravillosa— ponía de tanto en tanto un rastro de luz sobre aquel rostro devastado. Una dama le felicitó por ella. «Sí —respondió Pirandello y, tocándose la frente, añadió—: Pero lo malo está aquí...». Pedía en su testamento que no se anunciara su muerte en los periódicos, y que nadie acompañara al coche fúnebre: únicamente el cochero, el caballo y, todo lo más, un perro. Pedía asimismo que su cadáver fuera quemado y sus cenizas esparcidas en el viento. De no ser eso posible, rogaba que la urna conteniendo sus cenizas fuera colocada, sin honores, bajo una piedra, en el campo de su Sicilia natal.

EL DIFUNTO MATÍAS PASCAL

CAPÍTULO PRIMERO

PREMISA

UNA de las pocas cosas, es más, tal vez la única que yo sabía con certeza, era ésta: que me llamaba Matías Pascal. Y me aprovechaba de ello. De cuando en cuando, alguno de mis amigos o conocidos demostraba haber perdido el juicio hasta el punto de venir a verme para pedirme algún consejo o sugerencia; yo me encogía de hombros, entornaba los ojos y les respondía:

—Yo me llamo Matías Pascal.

—Gracias, amigo mío. Ya lo sabía.

—¿Y te parece poco?

En verdad, tampoco a mí me parecía mucho. Pero entonces ignoraba qué quería decir no saber ni siquiera esto, es decir, no poder ya contestar, cuando hacía falta:

«Yo me llamo Matías Pascal».

Espero que alguien quiera compadecerme (¡cuesta tan poco...!) imaginándose la atroz amargura de un desgraciado que de repente descubre que..., sí, nada; en una palabra: ni padre, ni madre, ni cómo fue o cómo no fue; y que quiera indignarse (cuesta todavía menos) ante la corrupción de las costumbres y los vicios y la tristeza de los tiempos en que vivimos, que pueden ser motivo de tanto mal para un pobre inocente.

Pues bien: empiece, si gusta. Pero es mi deber advertirle que no se trata propiamente de esto. De hecho podría exponer aquí, en un árbol genealógico, el origen y la descendencia de mi familia y demostrar cómo no solamente he

conocido a mi padre y a mi madre, sino además, por un largo transcurso de tiempo, a mis antepasados y sus hechos, no todos, realmente, dignos de elogio.

¿Y entonces?

Pues bien: mi caso es bastante extraño y diferente; tan extraño y diferente que me dispongo a narrarlo.

Durante unos dos años fui no sé si más cazador de ratones que guardián de libros en la biblioteca que un tal monseñor Boccamazza, en 1803, quiso dejar al morir a nuestro Municipio. Resulta claro que este monseñor debía de conocer poco la naturaleza y las costumbres de sus conciudadanos, o tal vez esperó que su legado encendería, con el tiempo y con la comodidad, en el ánimo de éstos, el amor por el estudio. Hasta ahora (puedo dar testimonio de ello) no se ha encendido: y esto lo digo en elogio de mis conciudadanos. Es más: el Municipio se mostró tan poco agradecido a Boccamazza, que ni siquiera quiso erigirle aunque fuera medio busto, y dejó los libros durante muchos y muchos años amontonados en un amplio y húmedo almacén, de donde luego los sacó, ya podéis pensar en qué estado, para alojarlos en la apartada iglesuca de Santa María Libérale, no sé por qué razón desconsagrada. Aquí los encomendó, sin ningún discernimiento, a título de beneficio y como sinecura, a algún desocupado bien recomendado que, por dos liras al día, para guardarlos, y también sin guardarlos en absoluto, soportara durante algunas horas el olor del moho y de la antigüedad.

Tal suerte me tocó también a mí, y desde el primer día concebí un tan mísero aprecio por los libros, tanto si son impresos como manuscritos (como algunos antiquísimos de nuestra biblioteca), que ahora no me habría puesto nunca a escribir si, como he dicho, no considerara realmente extraño mi caso y de tal índole, que pudiera servir de enseñanza a algún curioso lector que por casualidad, realizándose finalmente la antigua esperanza del bueno de monseñor Boccamazza, viniera a esta biblioteca, a la que dejo este

manuscrito, con la obligación, sin embargo, de que nadie pueda abrirlo hasta después de cincuenta años de mi *tercera, última y definitiva* muerte.

Ya que, por el momento (y sólo Dios sabe cuánto me duele), yo me he muerto ya dos veces, pero la primera por equivocación, y la segunda... ya veréis.

CAPÍTULO II

PREMISA SEGUNDA (FILOSÓFICA) A MANERA DE EXCUSA

LA idea, o mejor, el consejo de escribir, me la ha dado mi reverendo amigo don Eligio Pellegrinotto, que en la actualidad tiene en custodia los libros de la Boccamazza, y al cual confiaré el manuscrito en cuanto esté terminado, si llega a estarlo.

Lo escribo aquí, en la iglesia desconsagrada, a la luz que me llega de la claraboya, allá arriba, en la cúpula; aquí, en el ábside reservado para el bibliotecario y cerrado por una baja cancela de columnas de madera, mientras don Eligio resopla bajo la tarea que ha asumido heroicamente de poner un poco de orden en esta babilonia de libros. Me temo que no lo consiga nunca. Nadie, antes de él, se había preocupado de saber, por lo menos aproximadamente, dando una ojeada de pasada a los lomos, qué tipo de libros había legado aquel monseñor al Municipio: se creía que todos, o casi todos, trataban de materias religiosas. Ahora, Pellegrinotto ha descubierto, para mayor consuelo suyo, una gran variedad de materias en la biblioteca de monseñor; y como los libros fueron cogidos sin ningún orden del almacén y amontonados tal como venían, la confusión es indescriptible. Entre estos libros se han estrechado, por vecindad, amistades de lo más engañosas: don Eligio Pellegrinotto me ha dicho, por ejemplo, que le ha costado no poco trabajo separar de un tratado muy licencioso, *Sobre el arte de amar a las mujeres*, tres libros de Antonio

Muzio Porro, del año 1571, una *Vida y muerte de Faustino Materucci, Benedictino de Polirone, que algunos llamaban beato*, biografía editada en Mantua el año 1625. A causa de la humedad, las pastas de los dos volúmenes se habían pegado fraternalmente. Es preciso hacer notar que en el libro II de aquel licencioso tratado se habla largamente de la vida y de las aventuras monacales.

Don Eligió Pellegrinotto, encaramado todo el día en una escalera de farolero, ha pescado en las estanterías de la biblioteca muchos libros curiosos y agradabilísimos. De cuando en cuando encuentra uno, lo tira desde arriba, con garbo, sobre la gran mesa que está en el centro; la iglesuca resuena por el ruido; se levanta una nube de polvo, de la que escapan asustadas dos o tres arañas; yo corro desde el ábside, saltando la cancela; cazo primero con el libro las arañas por la mesa polvorienta; luego abro el libro y me pongo a hojearlo.

De esta manera, poco a poco, he tomado gusto por tales lecturas. Ahora, don Eligió me dice que mi libro debería estar escrito de acuerdo con el modelo de estos que él va descubriendo en la biblioteca, es decir, tener su sabor particular. Yo me encojo de hombros y le contesto que no es trabajo para mí. Y luego, otras cosas me preocupan.

Todo sudado y polvoriento, don Eligió baja de la escalera y sale a respirar una bocanada de aire al huertecillo que ha logrado hacer salir aquí detrás del ábside, protegido todo alrededor con palos y pinchos.

—¡Ah, mi reverendo amigo! —le digo yo, sentado en el pequeño muro, con la barbilla apoyada en el pomo del bastón, mientras él atiende a sus lechugas—. No me parecen estos tiempos apropiados para escribir libros, ni siquiera en broma. Con respecto a la literatura, como también con respecto a todo lo demás, yo repito mi acostumbrado lema: *¡Maldito sea Copérnico!*

—¡Oh, oh, oh! ¿Qué tiene que ver Copérnico con todo eso? —exclama don Eligió, incorporándose, con el rostro

ardiendo bajo el sombrero de paja.

—Sí tiene que ver, don Eligió. Porque, cuando la tierra no giraba...

—¡Y dale! ¡Si siempre ha girado!

—No es verdad. El hombre no lo sabía, y, por tanto, era como si no girara. Por tanto, tampoco ahora gira. Se lo dije el otro día a un viejo campesino, y ¿sabe usted lo que me contestó? Que era una buena excusa para los borrachos. Por otra parte, tampoco, usted perdone, puede poner en duda que Josué paró el Sol. Pero dejemos estar esto. Yo digo que cuando la Tierra no giraba, y el hombre, vestido de griego o de romano, hacía tan bonito en ella y tenía tan alto concepto de sí mismo y se complacía tanto con la propia dignidad, creo que podía resultar bien aceptada una narración minuciosa y llena de ociosos particulares. ¿Se lee o no se lee en Quintiliano, como usted me ha enseñado, que la historia tenía que estar hecha para contar y no para demostrar?

—No lo niego —rebate don Eligió—; pero también es verdad que nunca se han escrito libros tan minuciosos, es más, tan detallados en los más pequeños particulares como desde que, según usted dice, la Tierra ha comenzado a girar.

—¡Está bien! *El señor conde se levantó temprano, a las ocho y media en punto... La señora condesa se puso un vestido lila con un rico adorno de encajes en el cuello... Teresina se moría de hambre... Lucrecia se afligía de amor...* ¡Oh Dios santo! Y ¿qué quiere usted que me importe eso? ¿Estamos o no estamos sobre un invisible trompo, que tiene como zurriago un rayo de sol, sobre un granito de arena enloquecido que gira y gira y gira, sin saber por qué, sin llegar nunca a destino, como si encontrara gusto en girar así, para hacer que sintamos tan pronto un poco más de calor, tan pronto un poco más de frío, y para hacernos morir (con frecuencia con la conciencia de haber cometido una secuela de pequeñas tonterías) y después de cincuenta o

sesenta vueltas? Copérnico, Copérnico, don Eligió mío, ha arruinado a la Humanidad irremediablemente. Ahora nos hemos ido acostumbrando todos, poco poco, a la nueva concepción de nuestra infinita pequeñez, a considerarnos casi menos que nada en el universo, con todos nuestros hermosos descubrimientos e inventos. Y ¿qué valor quiere, pues, que tengan las noticias, no digo de nuestras miserias particulares, sino también de las calamidades generales? Ahora ya, las nuestras son historias de gusanos. ¿Ha leído aquel pequeño desastre de las Antillas? Nada. La Tierra, pobrecita, cansada de girar, como quiso aquel canónigo polaco, sin finalidad, ha tenido un pequeño movimiento de impaciencia y ha soplado un poco de fuego por una de sus tantas bocas. Vaya usted a saber lo que le ha producido esa especie de bilis. Tal vez la estupidez de los hombres, que nunca han sido tan fastidiosos como ahora. En fin: varios millares de gusanos asados. Y vamos tirando. ¿Quién habla ya de ello?

Sin embargo, don Eligió Pellegrinotto me hace observar que, por cuantos esfuerzos hagamos en el cruel intento de arrancar, de destruir las ilusiones que la pródiga Naturaleza nos ha creado con buena finalidad, no lo conseguimos. Por fortuna, el hombre se distrae fácilmente.

Eso es verdad. Nuestro Municipio, ciertas noches señaladas en el calendario, no enciende los faroles, y con frecuencia (si está nublado) nos deja a oscuras.

Lo que quiere decir, en el fondo, que seguimos creyendo que la luna no está en el cielo sino para darnos luz por la noche, como el sol durante el día y las estrellas para ofrecernos un magnífico espectáculo. Seguro. Y gustosos solemos olvidar que somos átomos infinitesimales, para respetarnos y admirarnos unos a otros, y somos capaces de matarnos por un pedacito de tierra o de dolernos de ciertas cosas que, si estuviéramos verdaderamente compenetrados de lo que somos, tendrían que parecerse miserias incalculables.